

EL ARCÁNGEL DE LA MUERTE

Sublime inspiración temple mi lira
 Y arde en las vibraciones de mi canto
 Como arde el faro en medio de los mares;
 Cual fúlgido relámpago en las nubes:
 Brota de mi agitada fantasía
 Como ola gemidora que del fondo
 De hirviente catarata se levanta
 Y da su voz solemne á los desiertos.
 Salud! salud! Arcángel de la muerte:
 En la creación extiendes tu dominio,
 Y la ligera sombra de tu manto
 Envuelve á la creación en exterminio.
 Arcángel engendrado con el soplo
 De la ira del Señor, ángel tremendo,
 Te dió la noche negra vestidura,
 Te dió su ligereza el torbellino;
 Al retumbar tu voz se pierde el trueno,
 Y el relámpago vívido se apaga
 Si relucen tus ojos inmortales.
 Gimió la tierra al percibir tu vuelo
 Cual de errante cometa en el vacío,
 Y un murmullo doliente lanzó el bosque,
 Y un acento quejoso el manso río.
 Y después te miró cuando el torrente
 Rápido entre las rocas se estrellaba,
 Y rodando terrífico mugía,
 Y entre la densa bruma de su aliento
 La luz del sol confusa se perdía:
 Y arrancando la yerba de su orilla
 Y arrastrando los árboles gigantes,
 Y en sus mugidos arrojando espuma
 Precipitarse al mar enfurecido;
 Dejando ver sobre las mismas ondas
 El rastro aterrador de su carrera.

Ese torrente es huella de tus pasos,
 Angel de destrucción, y ese torrente
 Retrataba en sus olas desiguales
 Las profundas arrugas de tu frente.
 Volaste y encendiste la tormenta,
 Y al rebramar del turbulento trueno
 La nube se desgaja y se revienta,
 Y mil rayos se lanzan de su seno;
 Y cuando el cielo todo se encendía,
 Cuando la tierra mísera temblaba,
 Y cuando el mar luchando en agonía
 Como el león herido se quejaba,
 Una nube rompía
 Con fiero empuje el torbellino ciego,
 Y miré más allá tranquilo el día,
 Y te miré agitando sobre el mundo
 Tu guadaña de fuego.
 Fijaste luego la funesta planta
 Del alto monte entre la virgen nieve,
 Y del volcán crujieron las entrañas,
 Y su cráter lanzó bramido horrendo,
 Y convulso, torrentes de humo negro
 Y de cárdenas llamas arrojaba.
 El humo crece y crece el hondo estruendo,
 Y la brillante luz del claro cielo
 Se apaga entre la lava y las cenizas
 Que vomitó el volcán; todo es pavora;
 Rugiendo ronco se despeña el fuego,
 Incendia y aniquila y se dilata,
 Y son las piedras ascuas encendidas,
 Y densa nube cárdena serpea
 Sobre el ardiente lago.
 Es fuego, el llano y el excelsa monte,
 Y limita una ráfaga horrorosa
 La extensión del magnífico horizonte,
 Poco antes tan tranquila y tan hermosa.
 Y entre ese mar de llamas se divisa
 Con una luz más viva que su lumbre,
 Ángel fatal, tu formidable frente,
 Y de tu labio la letal sonrisa.
 ¿Véis la corriente del inmenso río
 Cuán solemne sus olas va arrastrando?
 ¿Lo véis, ora indeciso, vacilando,
 Sobre los bordes del abismo umbrío?
 ¿Véis ora la tremenda catarata

Crujir y con fragor precipitarse,
 Y entre la niebla súbito ocultarse,
 Y entre el polvo de horrendo remolino
 Rodar envuelto entre la espesa bruma,
 Y saltar copos de argentada espuma
 Que bullen, que vacilan, que se estrellan
 Y olas tras olas raudas se atropellan?
 ¿Y escucháis esa voz terror del hombre,
 Aciaga como el eco de la trompa
 Que anuncie al universo consternado
 Su postrimera aurora?
 Ese es tu solio, Arcángel de la muerte;
 Son esas olas de la vida emblema;
 Unas tras otras corren las edades
 Como esas olas rápidas corrieron.
 Tal las generaciones se perdieron,
 Tal como las burbujas que hizo el río,
 Lo mismo que las gotas de rocío
 Que un sólo instante con el sol brillaron.
 ¿Y esta es la vida, y este su destino,
 Nacer la desdichada criatura
 Bajo de la falange del verdugo?
 ¿Cómo al Dios de bondad aquesto plugo?
 ¿Cómo sus hijos y tan negra suerte?
 ¿Como amar una vida que persigue
 Tan airado el arcángel de la muerte?
 ¿Cómo ministro del Criador divino
 Quien así despedaza y aniquila?
 ¿Por qué tanto furor contra el gusano
 Que abortó el fango y en el fango vive?
 Esto dije: el Arcángel de la muerte
 Me transportó en sus alas, y en su vuelo,
 Lejos, muy lejos del doliente mundo
 De la inmortalidad descorrió el velo:
 El alma es inmortal, grité inspirado
 Al ver la eternidad, y el ángel dijo:
 «Al confín de la playa de este mundo
 Atada está una barca que es la tumba;
 Quien la llegue á pisar con planta fuerte,
 Mirará entonces mi misión cumplida,
 Lo llevará el Arcángel de la muerte
 A las mansiones de la eterna vida».

MEDITACION

¿Qué es nacer? es despertar
 Entre la nada y el ser,
 Para viviendo soñar
 Y soñando perecer.
 Si la vida es padecer,
 Es la vida don fatal;
 Pero si vivir es mal,
 ¿Por qué tememos la suerte
 De que nos siegue la muerte
 Con guadaña funeral?

En esta contienda muda
 En que lucha nuestra infancia
 Que brota entre la ignorancia
 Para perderse en la duda
 ¿Quién al mísero hombre ayuda?
 ¿Qué es nuestra vida? sentir;
 Lo anuncia nuestro gemir.
 El hombre de sí no es dueño,
 Por que si la vida es sueño,
 Nacer también es morir.

La infancia es un arroyuelo,
 La juventud un torrente,
 La vejez débil corriente
 Que árida expira en el hielo;
 Todo bajo triste cielo,
 Todo bajo fatal suerte.
 Si una ilusión nos divierte,
 Es frívola, fatua luz
 Que se pierde entre el capuz
 De la tenebrosa muerte.

Vivir para conocer
 Este fermentado almíbar
 Que se convierte en acíbar
 Y que se llama placer.
 Cuando niño padecer,
 Cuando joven delirar,
 Cuando viejo suspirar
 Por aquella edad pasada,
 En que la vida era nada,
 Porque era vivir soñar.

Vida que corres en pos
 De mil penas que te afligen,
 ¿Cómo te dan por origen
 La inmortalidad y Dios?
 ¿Cómo tan triste y veloz?
 Dios es fuente celestial,
 La vida es un don fatal,
 Que vivir es padecer,
 Luego ni es dicha nacer
 Ni nuestra alma es inmortal,

De flor efímero aroma,
 De luz destello indeciso,
 De iris fermentado viso
 Que entre la borrasca asoma
 Tal el vivir nombres toma
 En los momentos fugaces
 De la existencia las faces;
 Pero hombre, mira tu suerte
 Que te delata á la muerte
 El llorar de cuando naces.

El dolor quema la frente,
 Hinchá, rompe el corazón;
 Para el dolor la razón
 Es un escudo impotente.
 Este dolor tenazmente
 Nuestra existencia devora;
 El hombre su mal deplora,
 Y aunque su pesar le enferme,
 Sabé que viviendo duerme;
 Pero que soñando llora.

Llora, sí, que nuestro llanto
 Lo vertimos en la cuna,

Nos lo arranca la fortuna
 En los mares del quebranto.
 La virtud es vago encanto,
 Es una inútil defensa,
 Es débil deidad que inciensa
 A mil víctimas que gimen,
 Que aguardan al huir del crimen
 Su tardía recompensa.

Los espléndidos ropajes
 Que con franjas de arrebol
 Forman al sublime sol,
 Esos etéreos celajes,
 Esos pomposos ramajes
 De los árboles erguidos,
 Esos mundos esparcidos
 En la bóveda azulada,
 ¿Qué indican en la morada
 De entes tan envilecidos?

Despiertan un pensamiento,
 Mantienen una ilusión,
 Consuelan el corazón,
 Alzan el entendimiento.
 Pero al rey del firmamento,
 Al sol, trono del querube,
 Cubre vagabunda nube
 Como la hojilla al gusano,
 Nube que engendra el pantano
 Y en alas del viento sube.

A la corpulenta encina
 Un leve soplo doblega,
 Las hojas el viento riega
 De la rosa purpurina,
 De ese sol la luz divina
 Seca el magnífico río,
 De ese mar el poderío
 La menuda arena inmola,
 La tempestad por sí sola
 Se divaga en el vacío.

Y todo pasa y se ignora,
 Burla nuestra inteligencia,
 Y sonrojada la ciencia

En perpetua duda llora.
 Esta vida que devora
 El constante sufrimiento,
 Un presente de tormento,
 Un presente de dormir;
 Que lo futuro es morir,
 Lo pasado nada y viento.

Durmamos, sí, que vivir
 Es un constante soñar,
 Una tumba al despertar,
 La nada en el porvenir
 ¿Por esto tanto gemir?
 ¿Por esto tan arduo empeño?
 ¿Por esto sufrir el ceño
 Del destino y su martirio,
 Por un incierto delirio
 En la oscuridad de un sueño?

Si el sepulcro funeral
 Es la cuna dulce y cierta
 En donde el alma despierta
 Para la vida inmortal.
 ¿Por qué este sueño fatal?
 ¿Por qué existencia tan cruda?
 ¿Por qué pues la fiebre aguda,
 Que se llama juventud,
 La vejez y un ataúd
 Fuente de horror y de duda?

¿Pero nace el pensamiento
 Que en esta duda navega,
 Hijo de la suerte ciega
 Y del acaso y del viento?
 Ese inmenso firmamento,
 Dosel de la inmensidad,
 Esa misma eternidad
 En que un átomo es un mundo
 ¿No revela un Dios profundo?
 ¿No clama divinidad?

El es, su nombre supremo
 Brilla donde quiera escrito,
 Y destruye del maldito
 El raciocinio blasfemo.

La razón es frágil remo
 En este mar tan feroz,
 La vida nave veloz!
 Del mundo y del cielo el dueño
 Nos hace ver que no es sueño,
 Que la eternidad es Dios.

Es sublime esta ilusión,
 Y sí vivir es soñar
 Dulce será despertar
 Con Dios y la religión.
 Aquí, clama el corazón
 Que la vida no es un mal,
 Que si es sueño y es fatal
 Será muy triste dormir
 Sin soñar, sin percibir
 Ilusión tan celestial.

Soñemos: dulce es soñar
 En su patria el desterrado,
 Dulce al marino cansado
 Soñar tranquila la mar;
 Al que preso ha de expirar
 Dulce es el soñarse dueño
 De su libertad, y empeño
 Dulce es soñar en la muerte
 Cuando atormenta la suerte
 De nuestra constancia el sueño.

EL SALTA-PARED.

Tienden las nubes su dosel de grana
 En el pórtico inmenso de Occidente,
 Suspensas sobre el cielo de zafiro,
 Que tenue alumbra el moribundo día,
 Y cual ondas del aéreo cortinaje.
 Albas nubes, y nubes de escarlata
 Débiles tiemblan al soplar del viento,
 Que blando las repliega ó las dilata.

Es el sepulcro del Señor del mundo,
 Que solo impera en el eterno cielo,
 Faro que el Hacedor dejó encendido
 Para á las almas indicar su vuelo.
 Es hora del crepúsculo sublime,
 Murmura adormeciéndose la fuente,
 Lleva quejoso el apacible ambiente
 Los ecos de la tortola que gime.

Hora es de hablarte á tí, Dios de mis padres,
 Hincado en tu morada solitaria,
 Hora es de dirigirte mi plegaria,
 Con el último rayo de la luz,
 Con el último acento de las aves,
 Con el último aroma de las flores,
 Al perderse la vida y los colores
 De la lóbrega noche entre el capuz

Las sombras lentamente se derraman,
 Las bóvedas cubriendo y los altares,
 Y del gótico templo los pilares
 Cual fantasmas inmóviles se ven.

Se alza del ara el vaporoso incienso,
 Solemne escucho el órgano sonoro,
 Y voces mil en fervoroso coro
 Entonan himnos al Supremo Bien

Y esa plegaria, grave, majestuosa,
 Entre indecisas sombras dirigida
 Como el eco doliente de la vida
 Que presiente la augusta eternidad;
 Ruego de humillación y de esperanza
 Del hijo de la nada, al grande, al fuerte,
 Austera como el llanto de la muerte
 Que queda en la mejilla sin secar

Esa plegaria acompañé rendido,
 En mi soberbia te llamé mi dueño,
 Tu vigilas, Señor, del ave el sueño,
 Fecundas la semilla de la flor,
 Cómodo lecho al pólipo preparas
 En las rocas del mar ilimitado,
 ¿Y cómo abandonar desapiadado
 Al hijo de tu sangre y de tu amor?

Y mi plegaria ferviente
 Robustez entonces toma
 Porque hablaba en un idioma
 Que jamás se reveló.
 Idioma que no es del mundo,
 Porque aquí no tiene nombre,
 Porque es del alma del hombre
 Que se esplaya con su Dios.

Es la linfa de agua pura
 Dentro su fuente guardada;
 Si brota, brota manchada
 Del mundo entre el lodazal.
 Aroma es de ciertas flores,
 Que sólo en la noche halaga,
 Y que corrompe y divaga
 La inmensa luz matinal

Así abierta el alma mía
 Fueron la voces callando,
 Fueron las nubes cesando
 Del incienso del altar.

Cuando de entre la cornisa
Excelsa del templo grave
Salió apacible de una ave
El dulcísimo cantar.

Tú eras, huérfano del templo,
Religioso hijo del viento;
Tuyo era el sentido acento,
Humilde *Salta-pared*.
No es de esmalte tu ropaje
Ni tienen tus plumas oro,
Pero tu acento es sonoro
Cual arpa del Vate Rey

Al lado de las cortinas
De soberbio terciopelo
Se vé tu versátil vuelo,
Se oye tu armoniosa voz.
Y sí en ráfagas espesas
El incienso al cielo sube,
De en medio de la alba nube
Se oyen tus cantos á Dios.

Me parece que te inspira
Un instinto de cariño,
Cantas como ruega un niño,
Con pureza y con placer;
Y si el órgano acompaña
Las ceremonias divinas,
Tú también festivo trinas
Como un ave del Eden.

No se te oye en los salones,
No embelleces los jardines,
Ni en los soberbios festines
Adulas á la beldad.
Emblema de la alma justa
A Dios solitario llegas
Y en su morada desplegas
Tus cánticos de piedad.

¡Cómo te admiran mis ojos,
Ave de santa armonía,
Al morir la luz del día
Sobre el altar del Señor!

¡Y cómo escucho tu acento
Con sublime confianza!
Como un eco de esperanza,
Como promesa de amor.

Dios, que produjiste á mi alma
En un celestial ensueño,
Que á un hijo tuyo hizo dueño
De la inmensa creación,
Haz á mi ruego tan puro
Como el acento de esa ave,
Haz, Señor, mi voz tan suave
Cual su hechicera canción.

Ella acompaña en tu templo
Los sollozos del mendigo,
Del que llora sin abrigo,
Del que expira en la horfandad.
Y mezcla su melodía
A mis ecos de esperanza,
Con los trinos de alabanza
Que entona sobre tu altar.